

Søren Kierkegaard

Presentación. Søren Kierkegaard: preguntas fundamentales de la existencia

Søren Kierkegaard (1813-1855) —filósofo, teólogo, escritor y contestatario de su tiempo—, conocido como el padre del existencialismo, es autor de una extensa obra que hasta nuestros días es de gran relevancia: el por qué y el para qué de la existencia han sido, son y serán cuestiones casi inherentes al ser humano. En el caso de Kierkegaard, encontramos que muchos de los conceptos tratados en sus obras se hallan ya presentes en los escritos de juventud, en forma de borradores, cartas o anotaciones en su diario personal.

Un texto que resulta muy interesante, en relación con las preocupaciones existenciales de Kierkegaard, es el que se encuentra en los papeles de 1835 con el encabezado “Gilleleje, 1 de agosto de 1835” (IA 75). Se trata de uno de los primeros bosquejos de lo que sería un eje fundamental de su pensamiento: la búsqueda de la interioridad, la verdad subjetiva, esa verdad por la cual uno quiere vivir y morir.

Se presenta en este *dossier* la traducción hecha por María J. Binetti del texto aludido: “Gilleleje, 1 de agosto de 1835”, que se encuentra en Søren Kierkegaard. *Los primeros diarios, Volumen I, 1834-1837*, Universidad Iberoamericana, México, 2011.

Sigue al texto de Kierkegaard el diálogo que sostuvieron los profesores Rafael García Pavón de la Universidad Anáhuac y Luis Guerrero Martínez de la Universidad Iberoamericana —especialistas en el pensamiento de Søren Kierkegaard— en torno a temas

kierkegardianos presentes en ese pasaje de los diarios que conducen a las preguntas fundamentales de la existencia.

¿Qué es Gilleleje? Y ¿cuál es su importancia en la vida y pensamiento de Kierkegaard? Gilleleje es un “pueblo de pescadores y punto más al norte de Selandia¹ (Sjælland), razón por la cual se encuentra bastante aislado de su entorno...” (1 A 70). Fue a ese solitario poblado a donde se retiró Kierkegaard durante un poco más de dos meses para intentar concentrarse en sus estudios de teología.

Según consta en los diarios de su hermano, Peter Christian, y en algunos pasajes del diario del propio Søren, éste no estaba muy enfocado en sus estudios. “Con respecto a los pormenores más fastidiosos, sólo te diré que estoy estudiando para el certificado de teología, una tarea que no me interesa en absoluto y que por lo tanto tampoco avanza muy rápido... me hace bien saber que de este modo le daría una gran alegría a mi padre (él cree que la verdadera Canaán está al otro lado del certificado de teología...) dado todo esto, debo emprender la tarea” (1 A 72). Al parecer, encontraba las lecciones de la universidad sumamente monótonas y, además, la situación familiar no era particularmente favorable para el trabajo académico.

La muerte ya había visitado a los Kierkegaard con demasiada frecuencia. Hacía tres años —el 10 de septiembre de 1832—, que había muerto su hermana Nicoline Christine de 33 años, después de la muerte de su hijo en el parto. El siguiente año, el 21 de septiembre falleció su hermano Niels Andreas, que tenía 24 años. La familia no se enteró de su muerte sino tiempo después, pues él se encontraba en Estados Unidos intentando armar un negocio. Sólo un año después, el 31 de julio de 1834, murió la madre de Søren. Y por si fuera poco, ese mismo año, el 29 de diciembre murió su hermana, Petrea Severine a los 33 años después de dar a luz. Años antes, en 1819, el 14 de septiembre había muerto su hermano Søren Michael de tan sólo 12 años, y el 24 de septiembre de 1824, su hermana mayor, Maren Kirstine, que tenía 24 años.

1 Selandia es la isla más grande de Dinamarca. Está situada entre el estrecho de Kattegat (al norte) y el mar Báltico (al sur). La capital de Dinamarca, Copenhague, está en la costa este de Selandia.

Ciertamente no era un ambiente propicio para la reflexión del joven universitario. Por eso, el 17 de julio de 1835 Søren Aabye partió rumbo a Gilleleje. Rodeado de bellezas naturales y alejado de las tentaciones que ofrecía la gran ciudad, el distraído estudiante universitario debía empezar a trabajar en sus estudios de teología.

Durante su estancia en Gilleleje realizó varias excursiones que le permitieron estudiar de cerca la naturaleza, visitó castillos, bosques y lagos. Incluso hizo un pequeño viaje a Suecia, donde recorrió el bosque de hayas e hizo una pequeña excursión botánica. "...en medio de la naturaleza, ahí donde el hombre, exento del aire a menudo sofocante de la vida, respira más libremente, allí el alma se abre con docilidad a toda noble impresión. Allí el hombre se afirma como señor de la naturaleza, aunque también siente en ella algo más alto, algo ante lo cual debe arrodillarse, siente la necesidad de entregarse a ese poder que lo gobierna todo" (1 A 68).

La ambientación, dada por la naturaleza que lo rodeaba, unida a la situación espiritual por la que pasaba su vida, permitieron que el joven filósofo diera rienda suelta a sus dotes de escritor para revelar las más íntimas y profundas reflexiones de esos días en Gilleleje: "cuando pasaba allí alguna noche tranquila, mientras el mar entonaba su canto con profunda pero tranquila seriedad, cuando mis ojos no encontraban siquiera un navegante sobre la inmensa superficie sino sólo el mar, que lindaba con el cielo y el cielo con el mar; cuando además se acallaban las ajetreadas ocupaciones de la vida y los pájaros cantaban sus nocturnos —entonces a menudo se levantaban de sus tumbas mis pocos y queridos muertos, o mejor dicho, me imaginaba que no estaban muertos. Me sentía muy bien en medio de ellos, descansaba en su abrazo y era como estar fuera de mi cuerpo, flotando con ellos en un éter superior— hasta que el ronco grito de una gaviota me recordaba que estaba solo y todo se esfumaba de mi vista y volvía con el corazón melancólico a mezclarme con las multitudes del mundo, sin olvidar esos sagrados momentos" (1 A 68).

Leticia Valadez

Tal como intenté mostrar en lo anterior, así veía yo las cosas. Sin embargo, cuando quiero poner en claro mi vida, todo me parece de otra manera. Como un niño que por un largo tiempo antes de aprender a distinguirse de los objetos apenas se diferencia del entorno y dice por ejemplo, destacando su pasividad, “el caballo me pega”, así también el fenómeno se repite en una esfera espiritual superior. De allí que haya creído posible estar más tranquilo dedicándome a otra cosa, orientando mis fuerzas hacia otro objetivo. Lo intenté durante algún tiempo y conseguí calmar el desasosiego, que sin embargo volvió con mayor intensidad, como un acceso de fiebre después del alivio del agua fría. Lo que necesito es ver con claridad qué debo hacer* y no qué debo conocer, a no ser en la medida en la que el conocimiento debe preceder cualquier acción. Se trata de entender mi destino, de ver lo que la divinidad quiere que haga. Lo que importa es encontrar una verdad que sea la verdad para mí,** encontrar esa idea por la cual querer vivir y morir. ¿De qué me serviría entonces encontrar la así llamada verdad objetiva, esforzarme con los sistemas de los filósofos y poder, cuando se me exigiera, pasar revista de ellos, mostrar las inconsecuencias de cada cuestión particular? —¿De qué serviría además que desarrollara una teoría del Estado y combinara en una totalidad las particularidades tomadas de múltiples lugares, que construyera un mundo en el que jamás viviría sino que sólo expondría a los ojos de los demás?—. ¿De qué me serviría ser capaz de desarrollar el significado del cristianismo, ser capaz de aclarar muchos fenómenos particulares, si ellos no tuviesen para mí mismo y mi vida un sentido más profundo? Y cuanto más lo lograra y más viera que los otros se apropian de los frutos de mi pensamiento, tanto más penosa resultaría mi situación, como la de esos padres que por indigencia tienen que abandonar a sus hijos al mundo y

2 Esta carta fue primeramente publicada en: Søren Kierkegaard. *Los primeros diarios. Volumen 1. 1834-1837* (Colección papeles de Kierkegaard). México D.F., Universidad Iberoamericana, 2011, pp.79-85. Introducción, traducción y notas de María J. Binetti. ISBN: 978-607-417-154-9. Cortesía © Universidad Iberoamericana.

confiarlos al cuidado de los otros. ¿De qué me serviría que la verdad estuviera delante de mí, fría y desnuda, indiferente a ser reconocida o no, produciéndome un angustioso estremecimiento antes que una confiada devoción? Por cierto, no negaré que yo presupongo un imperativo del conocimiento, a través del cual es posible actuar sobre los hombres, pero para eso es necesario asumirlo vitalmente, y esto es lo que considero esencial. Mi alma tiene sed de esto, como los desiertos africanos tienen sed de agua. Eso es lo que necesito, y por esta razón me parezco a ese hombre que juntó los muebles y alquiló una vivienda, pero todavía no encontró a la amada con la cual compartir la prosperidad y la adversidad de la vida. Para encontrar esa idea, o mejor dicho, para encontrarme a mí mismo, no me sirve avanzar más y más en el mundo. Eso fue lo que hice antes, cuando creí que era una buena idea dedicarme a la jurisprudencia, porque allí podría desarrollar mi ingenio con las múltiples complicaciones de la vida. Ella me ofrecía una gran cantidad de particularidades en las cuales perderme y allí era posible elaborar una totalidad a partir de los hechos dados, un organismo de la vida de los ladrones, siguiendo el rastro de todos sus lados oscuros (también en eso hay cierto espíritu de asociación que vale la pena señalar). Eso fue lo que hice cuando quise ser actor, porque poniéndome en el rol de otro lograba, por así decir, un sucedáneo de mi propia vida y cambiando exteriormente obtenía cierta distracción. Pero lo que necesitaba era llevar una vida plenamente humana y no sólo una vida de conocimiento, † basar el desarrollo de mi pensamiento sobre algo —sí, sobre algo que se llama objetivo— algo que de ningún modo es mi propiedad, sino que está ligado a la raíz más profunda de mi existencia, *** por la cual crezco, para decirlo así, en el interior de la divinidad, unido a ella aun si el mundo entero se derrumbara. Mira, eso es lo que me falta y a lo que aspiro. Por eso contemplo con alegría y fortaleza interior a los grandes hombres que han encontrado aquella piedra preciosa por la que dieron todo, hasta la vida. **** Los veo intervenir en la vida con fuerza, con paso seguro, avanzar por la senda que les fue designada sin tambalear. También los descubro al borde del camino, concentrados en sí mismos y trabajando por su objetivo más alto. Con veneración veo incluso los desvíos más próximos.

Lo que importa es la acción interior del hombre, el lado divino del hombre y no la cantidad de sus conocimientos, que sin duda serán alcanzados pero no como agregados casuales o como una serie de particularidades puestas una al lado de la otra, sin un sistema, sin un punto focal en el cual se unan todos los radios. Ese punto focal también lo busqué. Y así como he intentado anclar en lo más profundo del conocimiento, asimismo lo intenté vanamente en el mar ilimitado de las diversiones. He sentido el poder casi irresistible con el que una diversión le da la mano a la otra, esa especie de entusiasmo artificial que ella es capaz de producir y he sentido también el tedio, el desgarramiento que le siguen. He probado los frutos del árbol del conocimiento y a menudo me alegré de su sabor. Pero esa alegría duró sólo el instante del conocimiento y su paso no me dejó ninguna marca más profunda. Me parece haber bebido la copa de la sabiduría, pero en realidad he caído en ella. Intenté encontrar ese principio para mi vida a través de la resignación, suponiendo entonces que todo sucedía según leyes inescrutables y nada podía ser de otra manera, enervando mi ambición y mi sentimiento de vanidad. Como fui incapaz de lograr que todo sucediera a mi antojo, me retiré con la conciencia de mis propias habilidades, más o menos como un pastor retirado se resigna con su pensión. ¿Qué encontré? No mi propio yo, que era precisamente lo que intentaba encontrar por aquel camino (me imaginaba mi alma, si puedo decirlo así, como encerrada en una caja de sorpresas que las circunstancias exteriores, presionando los resortes, harían saltar). —Lo primero que debía resolver era la búsqueda y el hallazgo del reino de los cielos. Así como un cuerpo celeste, que uno se imagine en formación, debe ser determinado respecto de cómo sería su superficie, hacia qué cuerpos orientaría su lado luminoso, hacia cuáles su lado oscuro, pero ante todo debe lograr que la armonía de las fuerzas centrífugas y centrípetas realicen su existencia y dejar que todo lo demás llegue por sí mismo— así también conviene que el hombre determine su fundamento constitutivo antes que su apariencia. En primer lugar, uno debe aprender a conocerse a sí mismo antes de conocer cualquier otra cosa (γνῶθι σεαυτόν).³

3 «Conócete a ti mismo», famosa inscripción del Templo de Apolo, en Delfos.

Sólo cuando el hombre se ha entendido a sí mismo en profundidad y contempla el transcurrir de su camino, sólo entonces su vida tiene paz y sentido, sólo entonces se libera de esa pesada y fatal compañera de viaje —esa ironía de la vida,*****†† que aparece en la esfera del conocimiento e invita al verdadero conocimiento a comenzar por el no-conocimiento (Sócrates),***** a semejanza de Dios que creó el mundo de la nada. Pero quienes todavía no han entrado en el alisio de la virtud, aun tienen su casa en las insípidas aguas de la moralidad. En ellas el hombre da vueltas de un modo horrendo. Tan pronto se siente feliz y satisfecho con el propósito de avanzar por el recto camino, tan pronto se hunde en el abismo de la desesperación. A menudo el hombre se adormece con la idea de que “eso no puede ser de otra manera”, y de repente se despierta con un interrogatorio implacable. A menudo deja caer un velo de olvido sobre su pasado, y luego vuelve otra vez sobre cada mínima insignificancia, para resaltarla con una vívida luz. Cuando lucha por alcanzar el recto camino y se alegra de haber vencido el poder de las tentaciones, justo en el momento de la más perfecta victoria puede producirse una circunstancia exterior aparentemente insignificante, que lo empuje como a Sísifo desde la punta del peñón. Cuando logra concentrar toda su fuerza en una cosa, a menudo aparece alguna mínima circunstancia exterior que lo aniquila todo. (Yo diría: como un hombre que hastiado de vivir quiso arrojar al Támesis y fue frenado por la picadura de mosquito justo en el instante decisivo). A menudo el hombre, como un tuberculoso, se siente mejor††† cuando en realidad está peor. En vano intenta resistir, no tiene fuerzas y el hecho de haber atravesado lo mismo muchas veces no contribuye para nada, esa especie de entrenamiento adquirido no sirve. Así como alguien bien entrenado en natación sólo se mantiene a flote en una tormenta si está absolutamente seguro de lograrlo y tiene la experiencia de ser realmente más liviano que el agua, del mismo modo sólo quien posee un punto de apoyo interior puede mantenerse a flote en las tempestades de la vida. —Sólo cuando el hombre se ha entendido a sí mismo en profundidad, sólo así es capaz de sostener una existencia propia y evitar la renuncia a su propio yo—. Sin embargo, con cuánta frecuencia vemos (en estos tiempos en que nuestros panegíricos

alaban en vez de reprobar a ese historiador griego que adoptó un estilo, cuyo parecido con el autor original era de lo más falaz, porque el primer premio de un escritor es tener su propio estilo, es decir, un modo de expresión y de producción transformado por su individualidad) con cuánta frecuencia vemos gente que, o bien por indolencia espiritual vive de las migajas que caen de la mesa de los otros, o bien por motivos puramente egoístas intenta vivir su vida en los demás y termina como el mentiroso, que de tanto repetir sus historias, se las cree. A pesar de que estoy muy lejos de haberme comprendido íntimamente, intenté, con el profundo respeto que esto merece, proteger mi individualidad —he adorado a la deidad desconocida. Con inoportuna inquietud evité acercarme demasiado a fenómenos cuya fuerza de atracción ejerciera gran poder sobre mí. Me dediqué bastante a ellos, estudié su individualidad y su sentido para la vida humana, pero también me cuidé de no alumbrarlos, como la luciérnaga, demasiado de cerca. Con los hombres comunes he tenido poco que ganar o perder. Por una parte, sus ocupaciones —la así llamada vida práctica—***** apenas me interesaron. Por otra parte, su frialdad y su falta de simpatía para considerar las emociones espirituales más profundas del hombre, hicieron que me apartara aún más de ellos. Salvo raras excepciones, mis amigos más cercanos no tuvieron ningún poder sobre mí. Una vida que no se pone en claro consigo misma, muestra necesariamente una superficie accidental, sobre la cual se adhieren los hechos particulares en su aparente desarmonía, sin que les interese resolverlos en una armonía superior o comprenderlos en su necesidad. El juicio que ellos tuvieron sobre mí fue siempre parcial y a la vez yo he dado alternativamente demasiado o muy poco peso a sus declaraciones. Hasta llegué a evitar su influencia y las posibles desviaciones que pudieran producir sobre el compás de mi vida. Y así me hallo nuevamente en el punto desde donde tengo que empezar de otro modo. Ahora intentaré con serenidad fijar la mirada sobre mí mismo y comenzar a actuar interiormente. Sólo entonces seré capaz, como el niño que al realizar su primera acción consciente se llama a sí mismo “yo”, entonces seré capaz de llamarme “yo” en un sentido más profundo.

Pero para eso hace falta mucha perseverancia y no se puede cosechar de inmediato lo sembrado. A la sazón quisiera recordar el método de ese filósofo⁴ que mantenía a sus discípulos callados por tres años a fin de llegar a buen puerto. Así como una fiesta no comienza a la salida del sol sino al ocaso, así también en el mundo del espíritu se debe trabajar durante cierto tiempo antes de que el sol brille para nosotros y alcance todo su esplendor. Porque aunque se dice que Dios deja salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos, sin embargo no sucede lo mismo en el mundo espiritual. Por lo tanto, la suerte está echada —¡estoy cruzando el Rubicón! Este camino me lleva a la lucha, pero no renunciaré. No me lamentaré del tiempo pasado— ¿pues de qué sirve lamentarse? Me abriré camino con fuerza y no perderé el tiempo lamentándome, como uno que, hundido en el lodo, quiere calcular primero a cuánta profundidad se hundió, sin darse cuenta de que durante ese tiempo se hunde cada vez más. Avanzaré con prisa por el camino hallado y le gritaré a todo el que encuentre que no mire hacia atrás como hizo la mujer de Lot, sino que recuerde que es a la cima donde aspiramos.

* A menudo sucede que, cuando uno cree haberse comprendido a sí mismo, se da cuenta de que lo que tiene entre sus brazos es la nube en lugar de Juno.

** Sólo entonces el hombre logra una experiencia interior. Pero para muchos, las variadas impresiones de la vida son como las figuras que el mar dibuja sobre la arena y borra inmediatamente, sin dejar trazo.

*** ¿Qué tan cerca está el hombre de la locura, a pesar de toda su sabiduría? ¿Qué es la verdad sino una vida por una idea? Al fin y al cabo, todo debe basarse en un postulado. Pero desde el momento en que éste no está fuera del hombre sino que el hombre vive en él, deja de ser un postulado. (Dialéctica-Disputa).

**** De este modo nos resultará fácil, cuando hayamos recibido de Ariadna (el amor) el hilo que nos guíe, recorrer todos los dédalos del laberinto (de la vida) y matar al monstruo. Pero ¿cuántos no se

4 Pitágoras (570-497 a.C.).

abalanzan sobre la vida (el laberinto) sin haber tomado aquella precaución (las jóvenes muchachas y los niños que cada año son ofrecidos al Minotauro)?

***** En cierto sentido la ironía sigue estando, pero ahora el hombre es capaz de soportar las ráfagas de la vida, porque cuanto más vive por una idea, con tanta mayor facilidad logra sentarse en el sillón de la extrañeza del mundo. -A menudo también puede suceder que una rara inquietud se apodere de quien cree haberse comprendido mejor a sí mismo y sólo aprendió de memoria la vida de otro.

***** El proverbio dice también: “de los niños y de los locos hay que escuchar la verdad”. Y no se trata aquí de tener la verdad según premisas y conclusiones, sino de las tantas veces que el discurso de un niño o de un loco humilló al hombre cuya agudeza era totalmente improductiva.

***** Esta vida, harto trascendente a cualquier edad, se muestra también en lo grande. Mientras que los viejos tiempos construían obras que enmudecían a los observadores, los tiempos actuales construyen un túnel debajo del Támesis (la utilidad y la ventaja). Sí, hasta el niño, mucho antes de poder admirar la belleza de una planta o de cualquier animal particular, pregunta “¿para qué sirve?”.